

AMARTYA Sen es un ser poco común: oriundo de India e inspirado por un economista escocés del siglo XVIII, un matemático francés y un reconocido poeta bengalí, pasa fluidamente de la filosofía a la ética y a la economía, para dedicarse a algunos de los aspectos más espinosos del desarrollo. Apasionado y lleno de energía, se nutre por igual de la filosofía oriental y occidental. Es el primer indio —y el primer asiático— en recibir el Premio Nobel de economía. Pero en lugar de recorrer el mundo asesorando a gobiernos, siempre ha preferido poner sus ideas sobre el tapete, a la vista de todos: “En vez de brindar asesoramiento confidencial, prefiero debatir; creo que la mejor fuente de cambio social es el debate público”.

Al galardonarlo con el Premio Nobel en 1998, la Real Academia Sueca de Ciencias señaló que Sen había devuelto “una dimensión ética” al debate de problemas económicos vitales, combinando herramientas económicas y filosóficas, y quiso reconocer sus aportes a la teoría de la elección social, la economía del bienestar y la econometría. Sen tiene en su haber avances en la evaluación de la pobreza y la desigualdad —gracias a los cuales es posible comparar mejor el bienestar social— y nuevas maneras de combatir y evitar las hambrunas.

Sen nació en noviembre de 1933 en Bengala, entonces parte del imperio británico. Su familia vivía en Dacca, la actual capital de Bangladesh. De niño estudió en una escuela cercana a Calcuta, Santiniketan, fundada por Rabindranath Tagore —Premio Nobel de literatura de 1913—, que ejerció en él una gran influencia. Fue durante su infancia que Sen comenzó a apasionarse por la suerte de los pobres y los desprotegidos. Aún recuerda un incidente ocurrido durante los violentos choques entre hindúes y musulmanes en los años cuarenta, cuando un jornalero musulmán terminó acuchillado por buscar trabajo en la zona de Dacca donde vivían los Sen, que era mayormente hindú. La imagen de su padre llevándose el cuerpo ensangrentado al hospital lo hizo tomar conciencia de “los peligros de una definición estrecha de la identidad y también del divisionismo que pueden ocultar las políticas comunitarias”. El incidente también le reveló “el hecho notable de que la falta de libertad económica, manifestada como pobreza extrema, puede dejar a alguien indefenso ante la violación de otros tipos de libertad”. En 1953, viajó a Cambridge, Inglaterra, para estudiar en Trinity College. Desde entonces, su vida ha transcurrido enseñando en los claustros de algunas de las universidades más famosas del mundo, como Cambridge, Oxford, Harvard y la London School of Economics.

El hombre que en algún momento de su vida, antes de dedicarse a la economía, pensó en hacerse experto en sánscrito ha recibido tantos halagos como críticas por la extraordinaria variedad de su trabajo, que va desde estudios sumamente técnicos repletos de fórmulas matemáticas avanzadas (es ex presidente de la Sociedad de Econometría) a monografías sobre ética y moralidad (en Harvard enseña filosofía y economía). Sen hace oídos sordos a quienes le recuerdan que quien mucho abarca poco aprieta: para él, cada campo ofrece sus propias riquezas.

Durante el último cuarto de siglo, su héroe ha sido un verdadero hombre renacentista: Adam Smith. La atracción no es casual. Richard Cooper —un colega de Harvard— señaló en una crítica publicada en *Foreign Affairs* (enero/febrero de 2000): “La mayoría de los economistas de hoy evitan la filosofía moral —a saber, el estudio de la justicia social— por considerarla demasiado ‘difusa’ para un análisis riguroso. Pero Amartya Sen pertenece a la tradición más antigua y más amplia de evaluar los factores de eficiencia económica —que predominan en la mayoría de los análisis econó-

micos modernos— con respecto a sus consecuencias sociales generales. Ese tipo de juicio exige un marco ético”.

Ser libre es progresar

Laura Wallace entrevista a Amartya Sen, ganador del Premio Nobel

La teoría de la elección social

De toda su labor, Sen insiste en que lo más satisfactorio ha sido su aporte a la teoría de la elección social, que “surge de los cimientos mismos de la democracia” (véase el recuadro 1). Esta corriente de pensamiento se remonta al siglo XVIII, a un matemático y pensador de la revolución francesa, el marqués de Condorcet, pero adoptó su forma actual a principios de los años cincuenta, gracias al trabajo de Kenneth Arrow (ganador del Premio Nobel de economía junto con Sir John Hicks en 1972) de la Universidad de Stanford.

Lo que atrajo a Sen en la teoría de la elección social no fue solamente su interés analítico, sino también el marco que le brindó para abordar problemas políticos prácticos, sobre todo la mejor manera de medir el progreso social. Hasta ese momento, los economistas se habían basado en las estadísticas del ingreso nacional, como el PNB y el PIB, que miden el ingreso o la producción total de una sociedad. Sen las descartó, considerándolas totalmente insuficientes por dos razones: primero, no reflejan los problemas de la distribución del ingreso y segundo, el bienestar y la libertad del individuo están influenciados por muchos factores ajenos al ingreso, como la discapacidad, la propensidad y exposición a



enfermedades y la falta de escuelas. También desechó contundentemente el método de contar cabezas para medir la pobreza. ¿Hay que limitarse a contar a la gente que está por debajo de la línea de la pobreza o bien hacer una distinción más matizada y ver cuán por debajo o por encima de la línea están y cuánta desigualdad hay, incluso entre los pobres?

En 1976, Sen propuso un nuevo indicador de la pobreza que tiene en cuenta la “privación relativa” de las personas y que ha gozado de gran aceptación en círculos académicos (aunque no entre los gobiernos) y reavivado el interés en el tema. En 1989, su buen amigo Mahbub ul Haq le pidió que ayudara a crear un indicador del bienestar social destinado al flamante *Informe sobre Desarrollo Humano* que tenía en preparación el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Haq quería solamente una cifra —no un vector o conjunto de cifras— que expresara más que el PNB y reflejara las diferentes influencias en el bienestar y la oportunidad de las personas. Sen sonríe al recordar la conversación: “Le dije que el resultado iba a ser de lo más pedestre, y me contestó que precisamente quería algo tan pedestre como el PNB, pero mejor”. Sen terminó colaborando en la creación del índice de desarrollo humano, que está basado en la observación de las condiciones de vida y que es hoy el indicador más aceptado del bienestar comparativo internacional. “Si el índice de desarrollo humano plantea un interrogante sobre el PNB pero uno no se queda solo con eso, el índice cumplió con su cometido”.

Sen también abrió nuevos horizontes en el estudio de las hambrunas: la de 1943 en Bengala, que presenció de niño, fue lo que despertó su interés en el tema. Su trabajo está centrado en el concepto de que la gente pasa hambre cuando no tiene dinero para comprar comida: el razonamiento parece obvio hasta que uno piensa que la mayoría de los comentaristas y de los gobiernos estaban convencidos de que el problema tenía que ver con una disminución de la oferta de alimentos. En su libro de 1981, *Poverty and Famines*, un examen de las hambrunas en India, Bangladesh y África subsahariana, probó que en muchos casos la oferta alimentaria no había disminuido: en Bangladesh en 1974, por ejemplo, la producción de alimentos había registrado un pico. Sen también demostró que los damnificados fueron no solo los que ocupaban el último escalón económico, sino también gente que había perdido medios por una razón u otra. Desde entonces, cada vez que se produce una hambruna, los gobiernos concentran su intervención en reemplazar el ingreso que les falta a los pobres y no simplemente en distribuir comida. Otra conclusión famosa fue que ninguna democracia ha padecido una hambruna. Por ejemplo, China comunista sucumbió a una hambruna desastrosa entre 1958 y 1961 en la que perecieron unos 30 millones de personas; por el contrario, India nunca ha vuelto a sufrir una hambruna desde la independencia, a pesar de ser más pobre. El argumento de Sen es que en una democracia la información circula más rápido

Recuadro 1

¿De qué se trata la teoría de la elección social?

Como lo explica el anuncio del Premio Nobel de economía de 1998, cuando hay acuerdo general, las decisiones que toma una sociedad no despiertan polémica. Cuando las opiniones difieren, lo difícil es encontrar métodos para hacerlas converger hacia decisiones que afectan a todos. La teoría de la elección social se ocupa de este vínculo entre los valores individuales y la elección colectiva. El planteo fundamental es determinar si las preferencias de la sociedad en su conjunto pueden derivarse siempre de las preferencias de sus miembros y, en caso afirmativo, cómo hacerlo. La respuesta es crucial para poder clasificar por importancia —o evaluar de alguna otra manera— los diferentes estados sociales y definir indicadores útiles del bienestar social o contribuir a la toma de decisiones públicas.

Sen utilizó la teoría de la elección social para responder al siguiente tipo de pregunta: ¿en qué casos se obtienen decisiones contundentes y coherentes gracias al gobierno mayoritario? ¿De qué manera se puede juzgar el funcionamiento de una sociedad como un todo a la luz de los intereses dispares de sus miembros? ¿Cómo medir la pobreza general teniendo en cuenta las dificultades y penurias de los grupos que conforman una sociedad? ¿Y cómo hacer lugar a los derechos y libertades del individuo sin dejar de reconocer debidamente sus preferencias?

y las críticas surgen con más facilidad, lo que impide que el gobierno se deje estar cuando se enfrenta a situaciones extremas.

El tiempo y el esfuerzo que Sen dedicó al estudio de la desigualdad, sobre todo entre los sexos, lo llevaron al análisis de las mujeres que “se perdieron”: los millones de mujeres que mueren prematuramente en África septentrional, Asia occidental, China e India como consecuencia de las desigualdades en la atención de la salud y la negligencia doméstica o social. “Aunque muchos países han frenado o reducido el exceso de mortalidad de la mujer, hay un factor nuevo y de gran influencia: el aborto selectivo de fetos femeninos”.

El significado de la democracia

Al preguntársele si la teoría de la elección social tiene uso práctico en la actualidad, Sen asiente vigorosamente. Primero, nos ayuda a pensar más claramente en el significado de la democracia. “No estoy de acuerdo con Samuel Huntington, un colega de Harvard, en que la democracia se limita a las elecciones. Las elecciones importan, claro, pero el debate público también”. Un ejemplo son las últimas elecciones de India: para sorpresa del país y del mundo, la coalición que ocupaba el poder, liderada por el partido integrista hindú Bharatiya Janata Party (BJP), perdió ante el Partido del Congreso, de orientación secular. “El hecho de que la coalición política liderada por el BJP parecía fomentar la división, económica y política (sobre todo en términos religiosos), fue un factor muy fuerte en el debate público”, comenta Sen. “Pero la gente no se dio cuenta de lo intensa que sería la oposición a ese divisionismo a la hora de votar”.

Segundo, la teoría de la elección social nos ayuda a medir el progreso social. Desde hace años, India debate acaloradamente si la pobreza disminuyó durante la última década y en qué proporción. Sen no tiene duda de que la disminución es real, pero lo que no sabe es en qué medida tocó únicamente a individuos que ya estaban cerca de la línea de la pobreza. Sigue pensando que es indispensable definir indicadores del bienestar general que tengan en cuenta las vicisitudes de la desigualdad del ingreso, sobre todo en India, que ocupa un lugar cada vez más importante en un mundo globalizado (como él mismo lo aclara en el recuadro 2, Sen está a favor de la globalización). Las autoridades indias tendrán que poder demostrar que los beneficios de la globalización están mucho más extendidos y para eso deberán profundizar mucho la reforma de la salud y la educación.

En una democracia la información circula más rápido y las críticas surgen con más facilidad, lo que impide que el gobierno se deje estar cuando se enfrenta a situaciones extremas.

Para fomentar la enseñanza básica, la atención básica de la salud y la igualdad de la mujer, Sen destinó los fondos de su Premio Nobel a la creación de sendas fundaciones en India y Bangladesh. El Pratiche India Trust hace poco estudió por qué están tan mal administradas las escuelas y hay tanto ausentismo de alumnos y docentes: una de las conclusiones fue la falta de influencia de los padres en la administración escolar, sobre todo si vienen de clases más bajas. Como consecuencia, el informe recomendó la formación de un comité de padres y docentes debidamente facultado en *todas* las escuelas. Sen inmediatamente cedió la propuesta al dominio público, como piensa hacerlo con todas las ideas que nazcan de ambas fundaciones. De hecho, a menudo viaja a India y Bangladesh para guiar la labor de las dos instituciones.

Cuanta más participación, mejor

¿Es posible exagerar el debate público a tal punto que la reforma económica termine siendo rehén de los argumentos? Para que haya desarrollo, ¿no hay que hacer acaso concesiones recíprocas difíciles, con el riesgo de que algunas minorías se impongan a la mayoría silenciosa? Ni lo uno ni lo otro preocupan a Sen. Para empezar, lo que propugna es una participación más activa de aquellos que se encuentran marginados en el mercado a causa del analfabetismo, la falta de salud o de crédito o la inmovilidad. También defiende un debate más público de temas como la enseñanza, la atención de la salud e incluso el gasto militar, que exigen un proceso participativo. “Para mí, la participación no toma rehenes”.

Sen no duda en admitir que las concesiones que hay que hacer son difíciles, pero niega que el desarrollo económico exija sangre, sudor y lágrimas. “Esa no ha sido jamás la imagen que he tenido del desarrollo. Es un proceso mucho más

participativo y agradable, y podría ser aún más agradable si dejáramos que participara todo el mundo”. Entre los cientos de cosas que admira de Adam Smith está el hecho de que Smith estaba muy interesado en los problemas de distribución y creía que no había motivo para que el desarrollo fuera “brutal y desalmado, y no gozoso y placentero”.

Para Sen, lo fundamental es dejar que la gente tome decisiones sobre su propia vida para que pueda decidir qué tipo de vida le es importante. En su libro de 1999, *Desarrollo y libertad*, afirma que el desarrollo debería ser un proceso que extiende las

libertades reales de las que goza el individuo, por lo cual exige eliminar los principales motivos de la falta de libertad: la pobreza y la tiranía, la falta de buenas oportunidades económicas y la privación social sistemática, el descuido de los servicios públicos y la intolerancia o la hiperactividad de Estados represores.

Libros, y más libros

A los 70 años, Sen no tiene intención de bajar el ritmo. Quizás ayude el hecho de que cuando recibió el Premio Nobel, tanto Air India como los ferrocarriles indios le dieron pases de por vida. A principios de 2004, volvió a Harvard tras dejar una cátedra en Trinity College (Cambridge, Inglaterra). Recorre sin parar el mundo para dar clases, hablar ante organizaciones no gubernamentales, mantenerse en contacto con su tierra natal y encontrarse con su esposa —Emma Rothschild, Directora del Centro de Historia y Economía de King’s College, Cambridge, que pasará los próximos años enseñando historia en Harvard— y sus cuatro hijos de dos matrimonios anteriores.

Extraordinariamente prolífico —ha escrito unos 25 libros y más de 250 artículos—, Sen tiene cuatro libros en camino. Uno, *The Argumentative Indian*, que aparecerá a principios de 2005, es una exploración de la larga tradición de la polémica en India y de su influencia en todos los aspectos de la vida, incluso la democracia y el secularismo. Otro es un compendio de ensayos sobre la libertad y la justicia, algunos de ellos inéditos, como el que le servirá de vehículo para explayarse sobre su propia teoría de la justicia. El tercero es un estudio sobre la democracia y la mecánica del debate público, las razones de su eficacia y los lazos con temas como los derechos humanos.

Pero a más corto plazo, Sen está preparando un libro dedicado al concepto de la identidad. En él retoma su tema preferido de la tolerancia, que vio avasallada de niño cuando la India preindependentista sucumbió a la violencia religiosa. Sen explica que nos sentimos afiliados a diferentes grupos y, por ende, poseedores de varias identidades: “Uno puede ser un ciudadano de Estados Unidos de origen malayo y ascendencia china, cristiano, vegetariano, tenista, buen cocinero, heterosexual y defensor de los derechos gay, amante de la música clásica y enemigo de la ópera, y creer que hay una vida extraterrestre con la cual es muy urgente comunicarse... ¡mejor que nada en inglés!” Cada una de estas identidades puede ser muy importante para el individuo, pero pueden volverse problemáticas cuando otros las aprovechan para encasillar a la persona o para convencerla u obligarla a plegarse a un sectarismo enconado con otros grupos. El pensamiento determinado por la identidad puede parecer inocuo pero tener repercusiones tremendamente perniciosas.

Lo que necesitamos, según Sen, es un “pensar claro” para que el mundo sea un lugar mejor. Sobre todo es importante hacer hincapié en la capacidad de elegir qué importancia relativa deseamos darle —“tenemos motivo para darle”— a nuestras múltiples identidades opuestas. Un hutu que está pensando en entrar en un grupo que atormenta a los tutsi puede tratar de ver que también es ruandés, africano, ser humano. Puede resistirse, insiste Sen, “a que lo empequeñezcan”. ■

Laura Wallace es Directora de Finanzas & Desarrollo.

Recuadro 2

A las cosas por su nombre

Algunos críticos, sobre todo en India, se quejan de que al no declarar contundentemente qué piensa de algunos de los temas más candentes de la actualidad, Sen se deja usar por la oposición a la globalización y a la reforma. A continuación, sus aclaraciones, contundentemente expresadas.

Globalización: “Hay citas equivocadas que me hacen aparecer en contra de la globalización. ¡Pero estoy muy a favor! Creo que es algo tan bueno que sería terrible si beneficiara solamente a algunos y no a otros. Tenemos que mejorar la distribución de los beneficios entre los países y dentro de los países, entre las clases y entre las zonas rurales y urbanas, y para eso hay que multiplicar las oportunidades”.

Reformas internas: “Nunca he estado en contra de la reforma. En 1995, en un libro que escribí con Jean Drèze, decía que las necesidades drásticas de India exigían reformas más drásticas. En 2002, reiteramos la necesidad de cambios profundos: no solo ampliar los mercados, sino también extender rápidamente el sector de la enseñanza y la salud, no demorar en la reforma agraria, poner el microcrédito a disposición de todos y otros cambios de alcance social”.

Privatización: “Que yo recuerde, nunca escribí al respecto. No es un principio en sí misma —como la equidad, la libertad y la democracia—; es únicamente un instrumento. Tenemos que decidir cuándo sirve y cuándo no”.

Mercados: “Los mercados nos dan la libertad para intercambiar bienes. No hay un motivo en particular para prohibir las transacciones de mercado en general, como no hay motivo para prohibir las conversaciones. Esa libertad es una de las cosas que justifica los mercados. Pero hay otra, quizá más importante: gran parte de la prosperidad mundial está vinculada directamente a los frutos del intercambio económico y de las interrelaciones económicas (como las transferencias de tecnología). Sin embargo, el mercado no es más que una de muchas instituciones. Tiene que estar acompañado de democracia, libertad de prensa y oportunidades sociales para que la gente tenga la libertad de leer y escribir, llevar una vida razonablemente sana y recibir crédito. Si uno es analfabeto y se pasa la mitad del tiempo enfermo, no puede participar en la economía, y si uno no tiene crédito, nunca llegará a ser el gran empresario que podría haber sido. Además, la economía de mercado está muy vinculada a una ética empresarial. Como señaló Adam Smith, el interés propio es lo que lleva a la gente a ingresar en el mercado, y sin confianza el mercado no funciona bien”.